

CINCO ENCUENTROS A TRAVÉS DE MARIO BENEDETTI

José Carlos Rovira
Universidad de Alicante

Resumen

Una evocación, entre lo personal y lo literario, plantea cinco encuentros en los que Mario Benedetti se convierte en maestro también para entender una época: el compromiso, la memoria, la ternura, el lenguaje y Montevideo crean un entramado de referencias en la extensa obra del autor uruguayo, que es recorrido con la seguridad de que estamos ante una obra valiosa que nos ha puesto delante claves contemporáneas y de sorprendente actualidad. En todo su tiempo, desde la poesía, la novela, el ensayo, el artículo periodístico, los recitales, los cursos, Mario Benedetti fue un americano activo e imprescindible, también de un cuarto de siglo español, no sólo latinoamericano, en el que para nosotros al menos no faltó nunca a sus obligaciones, a aquellas que lo convierten en uno de los principales testigos de la historia de un tiempo que, en el siglo que estamos, acrecienta todas las incertidumbres y los pesimismos. Su obra avanza un moderado optimismo que sirve también de rescate.

Palabras clave: Benedetti, compromiso, ternura, lenguaje, Montevideo.

Abstract

Memories of personal and literary moments are the backdrop for five crucial points in which Mario Benedetti becomes essential to understand an era: commitment, memory, tenderness, language and Montevideo. These elements are interwoven throughout the literary work of the author, and present key issues that are still relevant today. Mario Benedetti is an indispensable author who through his poetry, novels, essays, articles, recitals and courses proved to be a principal witness to the changes not only in Latin America but also in Spain for a quarter of the century. Although this time was fraught with uncertainty and pessimism, his work presents a moderate optimism, which provides a source of salvation.

Keywords: Benedetti, commitment, tenderness, language, Montevideo.

Mantuve desde 1990 casi veinte años de relación personal y universitaria con Mario Benedetti. Cuando falleció en 2009, recordé

(Rovira, “Mario Benedetti...”) los momentos principales de algunos encuentros (Doctorado Honoris Causa en 1997; defensa de nuestra Universidad frente a los ataques de una derecha gubernamental y agresiva en 1999; y cursos, seminarios, conferencias, recitales, con la creación de un Centro de Estudios Iberoamericanos “Mario Benedetti” que sigue actuando desde la Universidad de Alicante) que ahora quiero transmitir con un trabajo en el que, más que la evocación personal, prevalezca su significado cultural y literario por medio de algunos referentes que, a través del escritor, pudimos reencontrar como invitación para entender estos años.

Reencuentro con el compromiso

Creo que fue en El Escorial, en los cursos de verano de la Universidad Complutense, allá por el 91 o 92, cuando oí a Mario Benedetti una conferencia que se llamaba *Rasgos y riesgos de la actual poesía latinoamericana* (*El ejercicio del criterio* 135-142). Me planteé algo así como que Mario estaba adentrándose en el terreno en que necesariamente iba a sufrir varias descalificaciones. Advertiré que, junto a descalificaciones, Benedetti ha tenido grandes aprecio, grandes calificaciones, no sólo de muchísimos lectores, sino de figuras muy cualificadas entre nosotros (destacaría a Manolo Vázquez Montalbán, al poeta y académico Ángel González, ya fallecidos, o a José Caballero Bonald y Luis García Montero, por citar sólo algunos ejemplos de sus valedores).

Dejaba constancia el escritor en aquel texto de su apuesta todavía por una poética del compromiso, palabra denostada por la crítica y mucho más por una parte de la crítica académica. Por un lado comentaba las seguridades en las que parecía estar la poesía española, “muy segura de sus rasgos distintivos, de sus fobias y afinidades electivas”, mientras que la poesía en América Latina, nos decía, “sigue incansablemente buscando su identidad” y esto hace que “se la identifique como insegura u oscilante, pero también le otorga un dramatismo y una tensión interna que constantemente la despabilan, no la dejan anquilosarse en la monotemática o en el remanso del escepticismo”.

La constatación de que la crítica europea “vive el horror a la mera palabra compromiso y de poco a poco va contagiando esa repulsa

a una parte de la crítica periodística latinoamericana, que ha aprovechado la oleada postmodernista para quedar bien con Dios y sin el diablo”, nos seguía diciendo, para vincular a continuación, a través de “una cierta complicidad”, al postmodernismo literario con el conservadurismo ideológico, y continuaba un análisis que, con lucidez, afrontaba un estado de la cuestión poética que conocíamos bien en España, discurriendo por afirmaciones que hacían ver el panorama de atención que los llamados poetas sociales mantenían hacia la otra poesía, la de ensueños y quimeras, no sólo validada, sino escrita también por éstos, que a pesar de que tuvieran también entre sus temas el amor, o la religión, o las construcciones metafísicas, eran sistemáticamente descalificados por su condición de poetas comprometidos. El panorama era éste y supimos que Mario Benedetti estaba entrando en una confrontación antigua que los años no habían recrudescido precisamente, pues esa parte de la crítica académica, periodística y ensayística que denostaba el compromiso había tomado el camino más cómodo del ninguneo o el desprecio.

A Mario no se le perdonaba además determinadas sinceridades vitales e ideológicas: su ataque al capitalismo y la globalización, su defensa de la revolución cubana, su atracción inamovible hacia todas las causas de los oprimidos, etc. Habré asistido con él a más de diez ruedas de prensa multitudinarias, y en todas ellas no faltaban los periodistas que, sin preguntar sobre su poesía, sobre el libro que presentábamos o sobre la actividad que hacíamos, no le preguntasen por sus posiciones sobre este o aquel conflicto político, sobre tal o cual problema en Cuba, sobre la guerra inmediata o declarada. Por supuesto que Benedetti nunca se ha escondido y, siempre que era necesario, ha sido activo defensor de firmezas ideológicas en medio incluso de las derrotas y de las más inoportunas cuestiones que siempre han provocado respuestas rotundas y firmes, políticamente incorrectas, dado el clima de normalidad y uniformidad que los poderes siempre han querido situar en los debates contemporáneos.

¡Qué palabra la del compromiso por otra parte! Se adentra tanto en la memoria de toda una época. Oí otra vez hablar al escritor de *Convalecencia del compromiso* (*El ejercicio del criterio* 127-132) como diagnóstico de los años que vivimos. Dije una vez, refiriéndome precisamente a este tema en él, que “a una parte de nosotros la palabra compromiso nos sonará con la antigüedad de nosotros

mismos”. Culturalmente, la palabra ha sufrido lesiones importantes producidas por la historia contemporánea. Desde luego, académicamente hablando, ha decrecido su uso hasta límites de que sólo los especialistas en taxonomías recuerdan que hubo también en España durante el pasado siglo, la centena del 900, hasta un grupo de poetas llamados “del compromiso”. Fue durante una dictadura que vivió mi país y que algunos han intentado que sea también políticamente incorrecto recordar mucho. A los que hablan del compromiso todavía se les llama a veces nostálgicos, sin entender que las trampas de la nostalgia no son las habituales de los que vivieron y sufrieron conscientemente una situación.

Lo más importante de Mario Benedetti en este tema fue la afirmación de no neutralidad, en un tiempo de pretendidas neutralidades culturales. Lo explicó poéticamente en un texto que se llama “Soy un caso perdido”, en el libro homónimo (*Inventario Uno* 28-30). Cuenta en él Benedetti que un crítico sagaz ha descubierto la parcialidad del autor y le exhorta “a que asuma la neutralidad/ como cualquier intelectual que se respete”. El escritor afirma finalmente que no será neutral aunque sus textos hablen “de mariposas y nubes/ y duendes y pescaditos”. Pues bien, desde esa no neutralidad, creo que Mario Benedetti realizó un conjunto de reflexiones poéticas, narrativas y ensayísticas que dan cuenta del tiempo que vivimos y de lo que probablemente habría que hacer en él o habría que haber hecho. No son textos políticos en un sentido directo; son textos que se convierten en una invitación moral a seguir pensando. Benedetti ha afirmado siempre la grandeza de aquellos poetas del compromiso que abren su obra a la consustancial complejidad del ser humano, creando un lenguaje propio en el que aparecen núcleos del amor, del dolor, de las preocupaciones metafísicas sobre el tiempo, sobre la vida y la muerte. Y detecta en este entorno en los últimos años al crítico incriminador y delator que parece estar señalando todos los días “a los poderes fácticos y prácticos” al poeta comprometido, diciéndoles a estos poderes más o menos: “pero señores ¿no os habéis dado cuenta de que este individuo defiende, así sea con metáforas, las revoluciones? ¿No habéis advertido que en el fondo escarnece y estigmatiza vuestros canonizados patrimonios y rentas?”.

Este discurso quizá sea clave de una escritura que, como señaló Mario Paoletti en su biografía, ha sido la de un aguafiestas. Alguien que ha querido evitar festejos contemporáneos en los que se celebraba y se entronizaba, por ejemplo, el olvido. Entre las actitudes principales, aparece una forma contemporánea todavía de dar ánimos históricos a los contemporáneos repletos de desilusión. Hay un texto que he recomendado varias veces y que me parece imprescindible para los tiempos que corren: “Los intelectuales y la embriaguez del pesimismo” (*El ejercicio del criterio* 103-112). En él Benedetti detecta una devastadora corriente de pesimismo, realiza un análisis de los que llama razón mítica frente a razón crítica y apuesta por esta última, tras recorrer la desacralización del intelectual y la civilización artificial, y a partir de aquí lleva a cabo una sencilla propuesta, constructora de una esperanza: la palabra sigue teniendo sentido y, en esa confianza, cabe un margen de reconstrucción e incluso de modesto optimismo, del que nos dice que es “nada embriagador por cierto, pero al menos no disociado de lo posible. Entre la tanatología y el eudemonismo, entre el culto a los muertos y el de la felicidad [...] existe todavía una calle del medio por la que puede transitar, con los pies en la tierra, el hombre, ese hombre que [...] es, sobre todo, protagonista de la historia”. Este texto es de 1986, cuando Mario acababa de regresar a Uruguay tras la dictadura y han pasado veintiséis años desde entonces. Hacer la afirmación del hombre como protagonista de la historia nos entreabre un sentido difícil para lo que está cayendo en estos tiempos en los que la llamada globalización explica y justifica cualquier fenómeno socialmente negativo en el planeta. Bien, no importa, como dice un fragmento de poema, “contra el optimismo/ no hay vacunas”, pero maticemos de nuevo afirmando que se trata de un optimismo modesto, a la medida de los tiempos que corren, encarnado quizá en la figura de esos peregrinos que transitan en “Zapping de siglos” (*La vida, ese paréntesis* 169-175) —un poema del 97 al que le tengo mucho cariño: fue su discurso de investidura como Doctor Honoris Causa de la Universidad de Alicante— por un mundo desolado en el que van cabiendo pocas imágenes sociales positivas, al margen de las que van entablando los mismos peregrinos en su difícil diálogo con la historia:

los peregrinos todavía
 aman/ creyendo que el amor
 última thule/ ese intangible
 los salvará del infortunio
 los peregrinos hacen planes
 y sin aviso fundan sueños
 están desnudos como amantes
 y como amantes sienten frío...

Reencuentro con la memoria

Otro de los itinerarios principales de la obra benedettiana es el de la memoria. Hemos vivido –en América Latina y hasta ahora mismo en España– tiempos de invitación social al olvido, mientras este escritor ha planteado una fuerte resistencia a todos los olvidos. En 1995 apareció *El olvido está lleno de memoria* donde se explicitaba desde el primer poema la voluntad de recuerdo:

cada vez que nos dan clases de amnesia
 y nos conminan a borrar
 la ebriedad del sufrimiento
 me convenzo de que mi región
 no es la farándula de otros... (*El olvido* 13).

Tiempos y distancias marcan ese libro que deambula entre la memoria personal y la de la sociedad que ha vivido. Si en la memoria personal, el amor por ejemplo, se convierte en un núcleo de remembranza, en la memoria social va situando una figura contemporánea como la de los “olvidadores” (que no es lo mismo que los “olvidadizos”), pues éstos, los olvidadores, son agentes activos de “la falsa amnesia de los despiadados”. Un núcleo social por tanto para afirmar categóricamente el pasado como morada indestructible, en metáfora que hace emerger varias veces el verso que da título a la obra.

Pero este libro no es otra cosa que la primera conclusión temática de una poética basada en la memoria que recorre tiempos diversos, concentrados en poemas y extendidos en relatos y novelas.

La posibilidad del olvido durante el exilio tuvo una modificación absoluta en el “desexilio”, el término que acuñó Benedetti en el regreso del 85. Se hacía necesario en la nueva situación plantear la

memoria como núcleo estético personal y social. La afirmación de la memoria se hace en una novela como *La borra del café* (1993), donde la experiencia narrativa se construye en el barrio infantil de Capurro y en una historia entramada inicialmente con la de su familia; y, más concretamente, en *Andamios* (1996) donde la vida de un periodista desexiliado desde España a Uruguay permite una reconstrucción de tipos humanos de la propia sociedad (el confidente, el torturador, el militante que ha pasado la vida en la cárcel, etc.), junto al entramado moral de una sociedad que, a través también de la memoria, quiere pervivir y mantener esperanzas.

Observo finalmente el avance de los “recordadores”, que en uso de Benedetti serían los agentes activos de la memoria, mientras algunas instituciones trabajan en dirección contraria. En España de una forma abrumadoramente negativa, hasta condenando a un juez que trabajó por la memoria y la libertad. La prensa hace suficientemente crónica concreta de ello para que yo tenga que narrarlo aquí de nuevo.

Reencuentro con la ternura

La ternura es uno de lo itinerarios posibles de su obra. No tengamos miedo a la palabra ternura cuando hablemos de un escritor. ¿Cómo definiríamos una novela como *La tregua* que Benedetti publicó en 1960? O, mejor ¿qué puede hacer que una novela semejante siga estando vigente? Surgió por otra parte en un decenio de experimentalismo una obra construida mediante el recurso de diarios, los de Martín Santomé y su descubrimiento tardío del amor por Laura Avellaneda, narrando una peripecia de amor, de dolor en la pérdida física de ese amor, de ternura en una serie de situaciones que provocaron inicialmente algún desenfoque crítico. Recuerdo que fue Ángel Rama el primero que tipificó la novela en los recursos de casi una novela rosa. Rama tuvo tiempo para releerla después y de arrepentirse modificando su primer enfoque. Creo que *La tregua* sigue resolviendo en su sencilla estructura narrativa un lenguaje propio que densificaba la lectura de una historia común, de aniquilaciones cotidianas, de emociones cotidianas, como la capacidad de construir una historia con la que un lector puede identificarse y entablar un diálogo.

Un diálogo paralelo lo ha planteado mediante la poesía en un lenguaje que ha obtenido una respuesta continua de un público no habitual: señalo siempre poemas como “Táctica y estrategia”, “No te salves”, “Chau número tres”, “Los formales y el frío”, etc. que asumen el valor incuestionable de la comunicación. Son además pasto de internautas enloquecidos que crean sus páginas con estos poemas. Y son jóvenes además que descubren un lenguaje posible de amor que tiene que ver con su mundo de intenciones y atenciones. Me doy cuenta ahora mismo que para algunos fue preocupante un poeta leído y seguido por los jóvenes...

El itinerario de la ternura nos permite reconstruir una intensa línea que recorre novelas, relatos, hasta uno que me gusta particularmente como “El invierno propio” que cierra *Buzón de tiempo* (199-205) la obra publicada en 1999. Lo releía estos días. Es muy sencillo, o muy difícil, situar a ese viejo profesor que se llama Aníbal Esteban Couto el día que cumple ochenta años con su familia alrededor, llena de hijos, hijas, nueras, yernos, nietos, sobrinos... y luego, tras el final de la fiesta, tras la despedida de todos, el whisky cotidiano y el reencuentro tranquilo con la biblioteca de su casa que “es su verdadera autobiografía”. La peripecia de la biblioteca trabajada como docente para preparar “clases, cursos, conferencias, seminarios, ponencias” mientras “tomaba notas y confrontaba textos, citas, bibliografías”. La evocación de que hubiera querido ser un lector sin rumbo predeterminado, dispuesto a descubrir en el disfrute de la lectura, y luego el recorrido por los libros esenciales que trazaron su biografía, momentos esenciales de la misma como el amor con su mujer fallecida que surgió, no a través del Neruda de los *20 poemas de amor y una canción desesperada*, sino extrañamente con un poema de César Vallejo como el “Redoble fúnebre a los escombros de Durango”, un relato cotidiano que mantiene una peripecia cultural que, me imagino, da cuenta de mucha gente. Tiene muchas historias vividas detrás.

En este sentido, Mario Benedetti ha creado las trazas y las trampas literarias suficientes para que un lector común, sin complejos, pueda identificarse. Y por supuesto que como lector común hablo también, sin complejos, de que los grandes lectores pueden también identificarse.

Reencuentro con un lenguaje

Ha habido una tendencia en algunos a menospreciar la aparente sencillez del lenguaje poético y literario que Mario Benedetti ha ido creando, sin valorar que esta aparente sencillez está dentro de un proyecto global de comunicación que tiene que ver con la voluntad del escritor de “aludir al lector y no eludirlo”, objetivo que es una síntesis perfecta que el propio autor creó como valor último de su escritura.

En ese sentido su escritura es sobreabundante. A través de la poesía, novela, teatro y ensayo este autor ha escrito mucho y ha dicho mucho. Y ha seguido haciéndolo hasta el final. En los estantes de mi biblioteca creo que sólo otro escritor ocupa un espacio similar con su obra: Pablo Neruda, como ejemplo de poeta desbordado y desbordante. En Benedetti, además, la novela y el ensayo transgreden casi todas las previsiones de escritura, con casi un centenar de libros publicados que recorren con intensidad un camino que comenzó en 1948 con *Peripécia y novela* y llega hasta casi su final. De la última parte de su escritura, me interesó particularmente *Adioses y bienvenidas* (2005), obra con la que siguió abriendo novedades y posibilidades. Quiero decir que el primer itinerario, el de sus sesenta años de escritor editado, sigue deparando todas las sorpresas posibles. Dice una vez por ejemplo: “con la alborada/ renacen los mejores/ remordimientos” que es algo que todos nos hemos dicho en alguna alborada y que dice el Haiku 78 del *Rincón de haikus* que fue en 1999 un nuevo episodio métrico y rítmico que tuvo, en la concentración de sílabas, poemas de amplitud explicativa de sí mismo y de su obra: “si me enternezco/ dejaré de ser justo/ pero qué importa”, como dice el haiku 159.

Y he situado estos ejemplos para intentar reflexionar sobre que el lenguaje, de aparente inmediatez, es un trabajo continuo del escritor que ha ido modificando ritmos, léxico, sintaxis, en un juego permanente con la palabra, aunque a fin de cuentas de lo que se ha intentado incriminar a Benedetti con este tema es de una vieja acusación que se concretó en una época en la frase “escribir para el pueblo”, escritura insoportable para los ojos de algunos pretendidamente exquisitos.

Reencuentro con Montevideo

He vuelto varias veces a Montevideo. Hasta cinco encuentros, más o menos largos, con una ciudad que aprendí a amar antes de conocerla a través de Mario Benedetti. Fue hace años a través del relato *Geografías* que da título al libro homónimo. La ciudad evocada en la lejanía tiene en él un bello relato contemporáneo sobre otro tiempo histórico cargado de dramatismo.

Benedetti, desde sus comienzos, es un maestro en la percepción poética del espacio urbano a través de la memoria precisa del lugar. Es memorable “Elegir mi paisaje” del libro *Solo mientras tanto* (1950):

Ah si pudiera elegir mi paisaje
 elegiría, robaría esta calle
 esta calle recién atardecida
 en la que encarnizadamente revivo
 y de la que sé con estricta nostalgia
 el número y el nombre de sus sesenta árboles (*Inventario Uno* 506-507).

O del sentimiento de posesión del espacio en el pasado, como en el inolvidable “Dactilógrafo” de *Poemas de la oficina* (1996), donde Montevideo

Era tan diferente era verde
 absolutamente verde y con tranvías
 y qué optimismo tener la ventanilla
 sentirse dueño de la calle que baja
 jugar con los números de las puertas cerradas
 y apostar consigo mismo en términos severos (*Inventario Uno* 487-488).

La perspectiva vital ante la ciudad, a pesar del tiempo, es el mecanismo de una memoria no desolada, donde convergen siempre las ansias de recuperación del pasado, al que retornamos como memoria personal y en el que confluyimos a través de la experiencia del ayer.

Geografías, el relato al que se aludió antes, es un ejemplo de perspectiva de evocación urbana desde la distancia, en el que se interioriza además esa percepción como ciudad interior. Se trata, recuerdo, de un encuentro de dos exiliados uruguayos en el París de los años 70 que, semanalmente, quedan para jugar a las “geografías”. El jue-

go consiste en preguntarse minuciosamente por los espacios de la memoria de la ciudad obligatoriamente distante:

Siempre que me saca alguna ventaja se pone ensoberbecido y pedante, pero debo honestamente aclarar que hoy me va ganando gracias a una pregunta muy rebuscada, casi fraudulenta, sobre no sé qué detalle de la pata delantera del caballo en el monumento al Gaucho, y a otra, no menos ponzoñosa, acerca de las ventanas del Palacio Salvo, undécimo piso, que dan a la Plaza Independencia. A mí eso me parece juego sucio, ya que, por mi parte, le hago preguntas normales, verosímiles y sencillas, digamos qué café está (o estaba) en la crucial esquina de Rivera y Comercio, o cuántas puertas de entrada tiene (o tenía) la tribuna Colombres en el estadio Centenario, o dónde está (o estaba) la parada final de la línea del ómnibus 173 (*Geografías* 15).

Se trata, nos dice el protagonista del relato, de “pavadas que uno inventa en el exilio para de algún modo convencerse de que no se está quedando sin paisaje, sin gente, sin cielo, sin país”. Inmediatamente el relato continúa con un reencuentro en un cruce de semáforo con un antiguo amor de uno de ellos, Delia, que acaba de salir de una cárcel de Uruguay, lo que precipita el juego en ese sabor dramático que podemos tener al regresar a una ciudad que hemos abandonado años antes. Delia les ratifica que perderían los dos montevideanos el juego, porque son muchas las cosas que se han destruido:

Ah, pero creo que ustedes no reconocerían la ciudad. Ese juego de las geografías lo perderían los dos. ¿Por ejemplo? Dieciocho de Julio ya no tiene árboles ¿lo sabían? Ah. De pronto advierto que los árboles de Dieciocho eran importantes, casi decisivos para mí. Es a mí al que han mutilado... (*Geografías* 17-18).

Y sigue una larga evocación por la papelería la Platense, ahora convertida en un Banco, el teatro Artigas, que es un *parking* y otros lugares transformados hasta la sensación de que “todos los paisajes cambiaron, en todas partes hay andamios, en todas partes hay escombros”. El relato concluye además cuando los dos personajes que antes se amaron saben que ya no podrán continuar su relación, afirmando que nuestra geografía, nuestro cuerpo, también nos dice, pasado el tiempo, eso mismo de andamios y derrumbes.

La ciudad evocada es intensamente una relación dialéctica entre sus exteriores y nuestros interiores, manifestando en el cuerpo urbano el paso inexorable del tiempo, y con él se aúna el drama de una situación histórica (el exilio por la dictadura) y personal (el sufrimiento por aquella situación).

En mis encuentros con esta ciudad he fotografiado con persistencia la pata derecha del monumento al gaucho o la ventana del piso undécimo del Palacio Salvo, espacios de intensidad literaria y memorial.

En un último viaje a Montevideo, en 2005, Mario puso en mis manos *Adioses y bienvenidas*, un libro recién aparecido que no conocía. Lo leí la primera noche de un tirón. Era el Benedetti de siempre, incrementando algunos matices desolados, intensamente desolados. En mis recorridos por la ciudad no he podido evitar recordar el poema “Calles” que está en ese libro, amenazante:

Después de los ochenta
y en franjas del crepúsculo
uno mira las calles
como si nos llevaran a la nada
los zaguanes bostezan
las ventanas entornan sus postigos
hay mendigos y guitarras que duermen
niños de ojos brillantes y azorados
esquinas de silencio y padeceres
dos o tres prostitutas que subastan sus muslos
y un algodón de nubes enganchadas
en el duro agujijón del rascacielos (*Adioses* 60).

El ritmo y el lenguaje insiste en la nada como destino de las calles, lo cual es una nueva y lógica insistencia, aunque a mí me gusta más el tono de un poema como “Metrópoli”, donde el escritor juega con contraseñas de la ciudad, el Montevideo sobre el que dice que es su maravilla, una ciudad que cambia en democracia, la gente se sonríe y hace gárgaras, se saluda de vereda en vereda, y acude al estadio a tomar mate. Una metáfora construida como tránsito de la vida pierde gravedad y trascendencia cuando observamos que uno de los mayores deterioros de la vida es que la gente que va al estadio sabe que

maracaná es reliquia del pasado
ya murieron obdulio y schiaffino
y los poquitos buenos que aparecen
se los llevan a roma o barcelona (*Adioses* 106).

El recuento cotidiano más inmediato, junto a las preguntas esenciales sobre la vida, la pobreza, las guerras actuales, abren un campo trágico que Benedetti atenuó con un humor que penetra y suaviza el espacio denso del pesimismo. He sonreído siempre con el poema “Agenda” (109-112) de este libro, una breve autobiografía literaria y existencial en el que las libretas negras guardadas “en una linda caja de madera” van devolviendo recuerdos e imágenes como memoria satisfecha sin jactancia, memoria que en aquellos días recorrí como relato en la voz de Mario y en la voz de su hermano Raúl, otro personaje imprescindible del poema y de la vida, a propósito de las historias familiares de aquel abuelo “astrónomo químico y enólogo”, “natural de Foligno” “que solo iba al cine a ver a Pola Negri”. Y aseguro que cuando Benedetti y Raúl recorrían estas historias conversacionalmente era difícil retener la risa más espontánea.

Hay en este libro momentos trágicos, familiares, recientes a su escritura, que densifican desolaciones amplias sólo contenidas por un dique de humor, como cuando anunciaba que con 84 años se le había acabado la agenda y se despedía, aunque pedía al lector que no se confíe, que no se haga falsas ilusiones por esa despedida...

A veces me han preguntado —y yo mismo, me he preguntado— si Mario Benedetti no estaba escribiendo mucho y hasta excesivamente, lo cual provocaría falta de contención y depuración. En este libro reconoció el autor que sus versos surgen “por las dudas... como si fueran válvulas de escape”. Sobre la pregunta inicial, siempre he respondido y me he respondido que Benedetti hizo bien escribiendo mucho, todo lo que pudo, disciplinada y diariamente... a fin de cuentas, su militancia principal, con todas la que mantuvo, fue la de la escritura. Y en eso es incuestionable que hubo un derecho del escritor, un deber moral del escritor, que condujo a que algunos críticos se sigan sobresaltando ante este exceso de escritura que tiene como contrapartida exceso de lectores, lo cual como ya dije antes es un riesgo para los que la estabilidad cultural está en que la literatura no puede ser mayoritaria.

En todo su tiempo, desde la poesía, la novela, el ensayo, el artículo periodístico, los recitales, los cursos, Mario Benedetti fue un americano activo e imprescindible también de un cuarto de siglo español en el que para nosotros al menos no faltó nunca a sus obligaciones, a las que lo convierten en uno de los principales testigos de la historia de un tiempo que, en el siglo que estamos, acrecienta todas las incertidumbres y los pesimismos. Frente a éstos, junto a Mario Benedetti, seguramente sólo podremos salvarnos con compromiso, memoria, ternura, coherencia y humor, que son los paradigmas principales de una obra que se ha desplegado con fuerza por todos los caminos de la comunicación contemporánea.

BIBLIOGRAFÍA

- Benedetti, Mario. *Inventario Uno poesía 1950-1980*. Madrid: Visor, 1983
 —. *Geografía*. Buenos Aires: Espasa Calpe Argentina/Seix Barral, 1993.
 —. *El olvido está lleno de memoria*. Madrid: Visor, 1995.
 —. *El ejercicio del criterio*. Madrid: Alfaguara, 1995.
 —. *Andamios*. Madrid: Alfaguara, 1996.
 —. *La vida, ese paréntesis*. Buenos Aires: Espasa Calpe Argentina/Seix Barral, 1997.
 —. *Rincón de haikus*. Madrid: Visor, 1999
 —. *Buzón de tiempo*. Madrid: Alfaguara, 1999.
 —. *Adioses y bienvenidas*. Buenos Aires: Planeta/Seix Barral, 2005.
 Paoletti, Mario. *El aguafiestas: la biografía de Benedetti*. Buenos Aires: Espasa Calpe Argentina/Seix Barral, 1995.
 Rovira, José Carlos, “Mario Benedetti y la Universidad de Alicante (España)”. *Casa de las Américas* 256 (2009): 13-15.